

El concepto de crisis en Reinhart Koselleck. Polisemias de una categoría histórica.

*The concept of crisis in Reinhart Koselleck.
Polysemies of a Historical Category.*

María Lucila Svampa*

Fecha de Recepción: 28/09/2016

Fecha de Aceptación: 07/11/2016

Resumen: *El surgimiento de los horizontes políticos abre un conjunto de interrogantes no solo referidos a los nuevos significados de las ideas, sino también al modo en que estas se construyen. Puesto que los nuevos regímenes emergen siempre desde crisis que habitan su misma estructura, la intervención léxico-política de la palabra “crisis” provee pautas para la indagación sobre la patogénesis de ideas. En el futuro trabajo buscaremos explorar esta situación y en consecuencia recuperaremos la historia conceptual de Krise, escrita por Koselleck. En función de ello, introduciremos muy sucintamente las bases de su Begriffsgeschichte, para luego caracterizar diversos usos del concepto y algunas disyuntivas que de allí se desprenden.*

Palabras clave: *Historia conceptual, cambio, usos, disyuntivas, proceso.*

Abstract: *The emergence of political horizons opens a set of questions not only related to the new meanings of ideas, but also to how these are constructed. If the new regimes always emerge from crises that inhabit its own structure, the lexical-political intervention of the word “crisis” provides a guide for the research on the pathogenesis of ideas. In future work we will seek to explore this situation and thus recover the conceptual history of Krise, written by Koselleck. Accordingly, we will introduce very briefly the bases of its Begriffsgeschichte then*

* Doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Becaria postdoctoral del CONICET con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y docente de Teoría Política Contemporánea (UBA). Coordinadora de los proyectos de investigación “Memorias en pugna. Un debate sobre el tiempo y la experiencia” y “Las encrucijadas de la filosofía política. Enfoques contemporáneos”. Publicó recientemente el libro *La historia en disputa. Memoria, olvido y usos del pasado* (Prometeo, 2016). Correo electrónico: lucilasvampa@gmail.com.

characterize various uses of the concept and some dilemmas that emerge there.

Keywords: *Conceptual History, Change, Uses, Dilemma, Process.*

I. Introducción: cuando se trata de una crisis

“Quien abra el diario hoy se encuentra con el término crisis. El concepto indica inseguridad, desgracia y prueba, y refiere a un futuro incierto, cuyas condiciones no pueden ser lo suficientemente elucidadas” (Koselleck, 2002: 236). Este es el comienzo de un texto de mediados de los años ochenta en que Koselleck retoma la historia conceptual de *Krise* (crisis). En su uso contemporáneo, este término remite a una fractura entre lo que acontece en el tiempo presente, los patrones precedentes y las posibilidades que arroja el futuro cuando no cabe pensar en una continuidad. Así, las crisis ponen de manifiesto un estado de agonía de determinadas cosmovisiones estructurantes tanto de nuestras prácticas teóricas, como de nuestras experiencias históricas. Ahora bien, todo malestar que conduzca a una crisis de paradigmas no solo alerta sobre posibles vaciamientos de sentidos sino que también nos dice algo sobre los modos de gestación de nuevos conceptos.

Si se quiere pensar la crisis en relación a las teorías de la historia, habrá que admitir que en la contemporaneidad se observa un fuerte rechazo a la interpretación de esta como un orden secuencial, cuyos grandes lineamientos puedan establecerse *a priori*. La preminencia del vector del progreso que había defendido el idealismo alemán y el Iluminismo perdió vigencia en detrimento de teorizaciones alternativas que tuvieron notorias expresiones ya desde el siglo XIX con Nietzsche y cuyos ecos no dejan de aparecer en la actualidad (Koselleck, 2010). Acaso sea oportuno recordar que en gran medida, la empresa intelectual del mismo Koselleck reacciona frente a la filosofía de la historia desde su temprano escrito doctoral *Kritik und Krise*, que data

de 1959¹ (Koselleck, 2007a). Dicha investigación estudia un entrecruzamiento entre crítica y crisis en la Modernidad, momento en que emergen también, como realidad concreta, el Estado Nación y el capitalismo. La descripción de este fenómeno le permite a Koselleck recorrer distintas definiciones de lo político e identificar una peculiar separación entre propiedad y moralidad. En este contexto, analiza cómo los hombres ilustrados se dirigen con suspicacia al Estado y así, someten a quienes lo integren a una crítica, práctica que comienza a profesionalizarse. Y aquí viene la conexión con la crisis, ya que a pesar de que en griego ambos términos compartían etimológicamente la misma raíz, toman luego caminos distintos: la patogénesis del mundo burgués muestra que ante la crisis, que señala la existencia de un cuerpo político enfermo, la sociedad requiere de la crítica. Allí Koselleck adelanta una *brisante Mehrdeutigkeit* (polisemia explosiva) que caracteriza al término en cuestión, algo que se manifiesta en distintos empleos que ha tenido en disciplinas tan ajenas las unas a las otras, como la medicina y la economía. Esta pluralidad de significados que habitan el concepto es explorada por nuestro escritor con más profundidad algunos años más tarde (Koselleck, 2007b; Koselleck, 2002).

Pero ¿Qué aspectos analíticos moviliza la historia conceptual de este *topoi*? ¿Cuáles son las problemáticas que intervienen en su caracterización? ¿Qué impacto tiene esto para los diferentes modos de articular el pensamiento histórico-político? En base a estos interrogantes, buscaremos concentrarnos en lo sucesivo en la redefinición

¹ Respecto a la relación entre la *Begriffsgeschichte* y la filosofía de la historia pueden leerse numerosos textos escritos por Koselleck que acreditan sus reclamos hacia el esquema lineal desarrollado por ejemplo, por el idealismo alemán. En una entrevista publicada en 2003 afirma “Bien, la dificultad que plantea la filosofía de la historia consiste de hecho en que los sistemas idealistas, sin excepción alguna, han hipostasiado proyectos totales de la historia entera hasta su presunta meta o han intentado demostrarlos. Y esta pretensión total es –en su traducción política– totalitaria, con las consabidas consecuencias, especialmente en el marxismo, que constituye un resultado de esta filosofía de la historia idealista. En contra de lo anterior cabe aducir teóricamente la pluralidad de historias, y, a mi entender, con razón, claro está que con la reserva de que la multiplicidad de historias particulares –que siempre pueden ser aporéticas y excluirse mutuamente, que no admiten ninguna interpretación común, sino que reproducen contradicciones consigo mismas, precisamente también contradicciones en la exégesis–, que esta pluralidad, no obstante, remite desde el siglo xx a una historia común sin más, de cuya conceptualidad, revestida de filosofía de la historia, quiero en efecto escapar” (Koselleck, 2003: 211). Para comentarios sobre este vínculo ver Habermas (1975) y el dossier del número 19 de la revista DEVENIRES, titulado “Filosofía de la historia e historia conceptual”, cuya introducción estuvo a cargo de Oncina Coves (2009).

de las coordenadas con las que abordamos la historicidad en relación con la definición de la voz crisis. De modo que el objetivo general del presente escrito será discurrir sobre los modos en que las crisis operan sobre nuestro vínculo con la historia. Nos ocuparemos de ello dando tres pasos, que se centrarán en la propuesta metodológica de Koselleck y los usos del concepto crisis. En primer lugar, ingresaremos a las bases de la historia conceptual planteada por el escritor; luego, nos dedicaremos a recuperar las principales apreciaciones sobre la noción de crisis, publicado en los años ochenta. Por último ofreceremos reflexiones finales que recuperen los contenidos recorridos y que busquen despejar las vetas analíticas más significativas de esta cuestión.

II. Una historia conceptual para una nueva teoría de la historia

Hay más de un texto en donde nuestro escritor se detiene en la palabra *Krise*: el primero forma parte del *Geschichtliche Grundbegriffe* (GG) y el segundo proviene de una comunicación que pronunció en 1985 en el coloquio Casteldolfo-Gespräche, en el que participó junto con Gadamer y Ricoeur, entre otros². Como recién señalamos, la primera aproximación aparece con la publicación del tercer volumen del monumental GG, diccionario de conceptos históricos fundamentales al que Koselleck daría vida desde 1972 hasta 1997 junto con Werner Conze y Otto Brunner³. Este

² También existe un artículo escrito por Koselleck, Tsouyopoulos y Schönplflug que forma parte del *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, cuya compilación estuvo a cargo de Joachim Ritter. Para más información sobre el estado del arte, ver la entrada que proporciona el *Zentrum für Literatur und Kulturforschung* de Berlín. Su *Historisches Wörterbuch interdisziplinärer Begriffe* (diccionario histórico de conceptos interdisciplinarios) reúne distintos artículos de interés sobre la palabra crisis. Asimismo, cabe mencionar *Kritik und Krise*, texto al cual nos referimos en la introducción. Allí hay un apartado titulado *Krise und Philosophie der Geschichte*, en donde Koselleck explora el término en relación al progreso y el círculo de la Illuminaten (masonería), el empleo de Turgot en relación a la experiencia francesa y el Estado total. Sin desconocer la importancia de dicho escrito, nos dedicaremos aquí particularmente a los textos consagrados exclusivamente a la historia conceptual del término, y no a su vínculo con la crítica.

³ Hay algunos estudios publicados sobre la voz crisis anteriores a la primera publicación del texto de Koselleck. Tal vez los más reconocidos son los de Masur (1973) y Starn (1971), que se concentran en las transformaciones históricas del término. En esa década también se difundió la edición n° 25 de *Communications* dirigida por André Béjin y Edgar Morin (1976), quienes recogen varias perspectivas desde distintas disciplinas al respecto.

estudio no constituyó sino una las expresiones inaugurales de la *Begriffsgeschichte* (historia conceptual), en tanto perspectiva que buscaba integrar la historia social y la historia conceptual. Dicha preocupación metodológica se enfocó en prácticas tanto lingüísticas como extralingüísticas y reformuló por ende las coordenadas con las que se venían investigando los léxicos político-sociales. El proyecto no pretendía generar un compendio de significados que habían variado con el correr de los años, sino que apostó a articular una empresa teórica cuya base sería la hipótesis de una *Historik*. Según Koselleck, esta teoría del tiempo histórico sería capaz de proporcionarnos una salida ante la agonía de la filosofía de la historia, dejando atrás la concepción de la *historia magistra vitae* e incorporando a su vez una teoría de las condiciones de las experiencias históricas⁴. Esto incluirá, entre otros aspectos, las bases de una nueva forma de abordar la historia de los conceptos, que pondrían en movimiento fuertes cambios en el estado del conocimiento no solo histórico-filosófico, sino también político y lingüístico.

La llegada de la *Neuezeit* (modernidad) le permite a Koselleck emparentar modernidad con novedad; si se piensa como una palabra compuesta en la que *neue* significa nuevo y *Zeit*, tiempo, tendríamos como traducción la literal fórmula “nuevo tiempo”. Este momento sería el iniciado por el llamado *Sattelzeit* o *Schwellenzeit*⁵ y

⁴ Más allá de que existen múltiples ocasiones en que Koselleck analiza este concepto, para una profundización sobre la *historia magistra vitae*, ver el segundo capítulo de la primera parte de *Vergangene Zukunft*, donde aparece su contribución más significativa.

⁵ Koselleck en principio esgrimió el neologismo *Sattelzeit* (que en español literalmente significa una época encabalgada) para señalar una serie de mutaciones que habrían tenido lugar entre 1750 y 1850: “La anticipación heurística del trabajo del diccionario se basa en la hipótesis que señala en la mitad del siglo XVIII un profundo cambio en los significados de topoi clásicos, que viejas palabras ganaron nuevos sentidos, que al acercarse a nuestro presente no requiere más de traducción. La anticipación heurística conduce, por así decirlo, a un *Sattelzeit*, en la que la procedencia de nuestra presencia, cambia” (Koselleck et al., 1972): XV. La traducción es mía, el original dice: “Der heuristische Vorgriff der Lexikonarbeit besteht in der Vermutung, daß sich seit der Mitte des achtzehnten Jahrhunderts ein tiefgreifender Bedeutungswandel klassischer topoi vollzogen, daß alte Worte neue Sinngehalte gewonnen haben, die mit Annäherung an unsere Gegenwart keiner Übersetzung mehr bedürftig sind. Der heuristische Vorgriff führt sozusagen eine “*Sattelzeit*” ein, in der sich die Herkunft zu unserer Präsenz wandelt”. Sin embargo, la posterior noción de *Schwellenzeit* (traducible como el umbral de una época) responde a las críticas recibidas por Popock y ratifica su sentido: “Inicialmente concebido [el *Sattelzeit*] como un puntapié en la aplicación para financiar el diccionario, este concepto se terminó volviendo oscuro y no hizo avanzar el proyecto. Tal vez *Schwellenzeit* (periodo bisagra) hubiese sido una metáfora menos ambigua. En cualquier caso, la hipótesis sobre la existencia de un tal periodo no

emergería de la disyunción que se produce aproximadamente a mediados de siglo XVIII entre *Erwartungshorizont* (horizonte de expectativas) y *Erfahrungsraum* (espacio de experiencia)⁶. Ambas categorías metahistóricas no ofrecen una caracterización histórica, sino que dejan su denominación en suspenso, puesto que en tanto dato antropológico, no están atadas a ningún contenido en particular. Sin embargo parecen tener una con la otra una particular conexión, ya que no existe experiencia sin expectativa ni expectativa sin experiencia (Koselleck 1993: 336). Paralelamente, ambas remiten a “la condición humana universal”, puesto que sin ellas no es posible pensar la historia. La vinculación entre recuerdo y esperanza evidencia la autoimplicación entre la representación histórica y el pasado mismo, es decir que señala una temporalidad variable entre pasado y presente y presente y futuro.⁷ La hipótesis de Koselleck es que esta relación, mediada por la idea de pronóstico, tiende a no coincidir en la modernidad, algo que sucede en gran medida por la influencia de la idea del progreso y de la aceleración⁸.

tiene ningún papel en el método usado en la *Begriffsgeschichte*. El *Sattelzeit* no es una noción ontológica ni está atada a un único idioma nacional (...). Este diccionario busca determinar cómo los germano-parlantes percibieron, conceptualizaron e incorporaron en su vocabulario esos cambios acelerados que tuvieron lugar entre la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial” (Koselleck 1996: 69). La traducción es mía, el original dice: “Initially conceived [the *Sattelzeit*] as a catchword in a grant application for funding the lexicon, this concept has come to obscure rather than to advance the project. Perhaps *Schwellenzeit* (threshold period) would have been a less ambiguous metaphor. In any case, hypotheses about the existence of such a period play no part in the method used in *Begriffsgeschichte*. The *Sattelzeit* is neither an ontological notion nor is it tied to a single national language (...). For this lexicon seeks to determine how German speakers perceived, conceptualized, and incorporated into their vocabulary those accelerated changes that took place between the Enlightenment, the French Revolution, and the Industrial Revolution”.

⁶ Lucian Hölscher (2015) ofrece un interesante estudio de la relación entre ambas metacategorías. En *Die Entdeckung der Zukunft*, el historiador y heredero de Koselleck, analiza el desarrollo histórico de la noción de futuro desde la modernidad hasta nuestros días. Allí afirma que en la contemporaneidad existe una crisis del discurso sobre el futuro. Los *Zukunftsentwürfe* (proyecciones del futuro) del siglo XIX y de los primeros años del XX se ven erosionados (al menos las utopías comunistas y fascistas de una sociedad consumada) e incluso las esperanzas de progreso debieron ser abandonadas por la triunfante sociedad liberal.

⁷ Al respecto, Koselleck señala: “Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento. Esperanza y recuerdo o, expresado más genéricamente, expectativa y experiencia – pues la expectativa abarca más que la esperanza y la experiencia profundiza más que el recuerdo– constituyen a la vez la historia y su conocimiento y, por cierto, lo hacen mostrando y elaborando la relación interna entre el pasado y el futuro antes, hoy o mañana” (Koselleck 1993: 336-7).

⁸ Este hiato fue tematizado por muchos intelectuales. Entre ellos, Revault d’Allonnes (2012) recupera especialmente la historia intelectual de crisis ofrecida por Koselleck. Allí incorpora la noción de *expérience vécue* (experiencia vivida) para dar cuenta de las dificultades que se presentan en la relación con el futuro. Esta para nada debe disociarse de la concepción de tiempo de una época –de su régimen

Este desajuste en el modo en que se representan las esperanzas y las utopías de los pueblos y sus las prácticas concretas pondría de relieve una variedad de mutaciones. Nuestro autor las resume en cuatro, a saber: la *Demokratisierung* (democratización), la *Verzeitlichung* (temporalización), la *Ideologisierung* (ideologización) y la *Politisierung* (politización). Sendos aspectos expresan en primer lugar, que se produce una ampliación en el uso de los términos, en el sentido de que se extienden a nuevos sectores de la población. Luego, pone en evidencia la influencia del carácter de los procesos no estáticos en los que los conceptos se despliegan. En tercer lugar, señala la apertura a significados abstractos que impuso la forma singular en lugar del plural para algunos sustantivos como “libertad” e “historia”. Por último, sugiere la manifestación del uso de conceptos con claras connotaciones políticas como armas en determinados conflictos.

Paralelamente se genera una puja semántica por el significados de los conceptos, operación que Koselleck denomina *Kampfbegriff*. Estas contiendas representan el encuentro de fuerzas antagónicas que se disputan la hegemonía de conceptos, los cuales demuestran no portar neutralidad al tiempo que se muestran no solo como indicadores sino también factores de cambio histórico⁹. En relación a este punto y a la tarea del historiador, Koselleck nos dirá que este “se mueve siempre en dos planos. O investiga situaciones que ya han sido articuladas lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye circunstancias que anteriormente no han sido articuladas lingüísticamente (...)” (Koselleck 1993: 333)¹⁰. Mas es posible que ocasionalmente ambas funciones no actúen en simultáneo y que por lo tanto, nos encontremos ante un estado en el que un concepto opera como factor de cambio histórico y no como indicador o viceversa. Debe contemplarse ambos roles como partes de procesos que

de historicidad, diríamos de acuerdo al vocabulario de Hartog (2012)– que, según la autora, en la actualidad atraviesa un proceso de *détemporalisation* (destemporalización) caracterizado por la inexistencia de promesas.

⁹ En palabras de Koselleck: “Un concepto, en el sentido que aquí se está usando, no sólo indica unidades de acción: también las acuña y las crea. No es sólo un indicador, sino también un factor de grupos políticos o sociales” (Koselleck 1993: 206).

¹⁰ Si bien todas las citas que se extraen de *Vergangene Zukunft* pertenecen a la edición española de Paidós, cuya traducción es conocida por ser problemática, hemos cotejado para cada ocasión con el texto en alemán a fin de no incurrir en desajustes de sentido con el original.

indican que puede haber un concepto que aparezca *ex ante*, esto es, que no tenga como contrapartida un sostén práctico, lo que es lo mismo que decir que se adelanten a los sucesos –presuponiendo que estos eventualmente se producirán. Esto también puede plantearse a la inversa; en este segundo caso se trataría de ocasiones en las que se experimentan ciertas transformaciones a nivel social pero que no son conceptualizadas por distintas razones y entonces el concepto llega *ex post*. Lo anterior podría tener lugar no solo por tratarse de experiencias sin precedentes en la historia, a las que aún no se le adjudicaron un concepto –lo cual sería el caso de los neologismos, como “genocidio”– o bien porque lo que está en cuestión es una experiencia que de algún modo es reprimida. Los catedráticos Oncina y Villacañas comentan:

Quedémonos con la siguiente conclusión: el significado es siempre algo más que lo dicho y realizado, y diverso de esto. También lo es el significado de los conceptos, como índices y como factores. Pero la asimetría siempre posible de los vectores índice-factor determina la posibilidad de la contemporaneidad de lo no contemporáneo. Es posible que se haga presente y se use como índice un concepto que de hecho no tiene respaldo estructural y entonces aparezca como factor un concepto que tiene fuerza pero no verdad, o que tenga verdad pero no fuerza (Oncina y Villacañas, 1997: 42).

Al mismo tiempo, la posibilidad de diagnosticar cuándo un concepto desempeña ese papel entraña una enorme cantidad de debates sobre la reconstrucción de un hecho histórico¹¹. Digamos muy sucintamente aquí que el punto de vista del historiador o del

¹¹ Villacañas y Oncina hacen mención a una contemporaneidad de lo no contemporáneo, algo que toma fuerza sobre todo en la propuesta de los *Zeitschichten* (estratos del tiempo); véase Koselleck (2001). Basándose en Bloch, Koselleck postula este concepto para analizar distintos ritmos en que los acontecimientos tienen lugar. Esta teoría le permite analizar contenidos temporales simultáneos que pueden circular en distintos niveles: “La ganancia de una teoría de los estratos del tiempo consiste por lo tanto en poder medir distintas velocidades aceleraciones o demoras, y hacer así visibles distintos modos de cambio que ponen de manifiesto una gran complejidad temporal” (Koselleck, 2001: 38). Esta nueva clave interpretativa pone en cuestión la estructura cronológica de las dimensiones temporales y

pensador político no puede traspasar sus propios límites históricos y por ende muchas veces no estará en condiciones de identificar un determinado rol de los conceptos, que se atribuya en un futuro. Si se concibe el tiempo como una cronología, esto sucede en ambas direcciones: tanto respecto de lo que sucedió como de lo que sucederá. Dicho de otro modo, de cómo se enlazarán un acontecimiento conceptual con uno extralingüístico, nunca hay pleno conocimiento. Incluso cuando nos referimos a lo que ya sucedió no existe una determinación de los modos en que un contenido histórico puede interpretarse. Si pensamos que la historia escrita no es un inventario de sucesos pasados, entonces el modo en que la leemos nos habilita a redescubrir relaciones con lo lingüístico no establecidas en su actualidad.

Este contexto teórico sienta las bases para el análisis sobre la vida de los conceptos: las mutaciones que los atraviesan, su convivencia con el vínculo entre expectativas y experiencias y su doble función como índice y factor. En el marco de una fluidez de estas transformaciones, los conceptos modernos se fijan en una determinada connotación y sin negar su polivocidad, se vuelven más específicos. Al hacerlo, inauguran una nueva época que evidencia la crisis de una arquitectura teórica precedente. El devenir de cada uno variará de acuerdo al caso; tal es así que la amplitud de posibilidades también habla de conceptos que se extienden a dominios en los que previamente no existían. Cuando eso sucede, existe la posibilidad de que algunos pierdan fuerza por una especie de –como señalaba Antoine Meillet– *semantic bleaching* (blanqueamiento semántico) que los sustrae de connotaciones precisas (Richter y Richter, 2006: 353). Esto es lo que sucede con la palabra “crisis”, que sufre un amortiguamiento debido a la variedad de sus usos en el plano médico, económico y político, entre otros. Buscaremos en lo sucesivo explorar las diversas acepciones del término, atentos a su vigencia.

ofrece en cambio la posibilidad de pensar que los ritmos del lenguaje, estructuras sociales y de los eventos históricos, no siempre coinciden. También nos muestra que algunas veces los componentes lingüísticos dan forma a determinados acontecimientos, mientras que otras veces los registran.

III. Usos y disyuntivas

Fata volentem ducunt, nolentem trahunt

[El destino conduce al que se somete y arrastra al que se resiste]

Séneca

En la historia conceptual de *Krise* publicada en los GG, Koselleck ofrece cinco subdivisiones del texto a través de las cuales se manifiesta la conexión de este término con nuestro vínculo con el pasado¹². Afirma que en lo que refiere a su aplicación en el ámbito de la historia, desde fines de siglo XVIII denotaba “una nueva experiencia del tiempo, factor e indicador de una ruptura epocal” (Koselleck, 2007b: 241). Yendo al recorrido del texto y comenzando por el topos griego *krino*, Koselleck señala: “En griego, la palabra formaba parte de los conceptos centrales de la política. Significaba “separación” y “lucha”, pero también “decisión”, en el sentido de una inclinación definitiva de la balanza” (Koselleck, 2007b: 241)¹³. Hay dos acepciones más que el autor destaca para ese uso: la relacionada con la justicia y la perteneciente a la teoría médica¹⁴. En la primera, hay una expectativa teológica que atiende a la llegada de Dios, en tanto juez que emite un juicio pero a su vez puede salvar. La segunda en cambio, viene del “Corpus Hippocraticum” y señala una enfermedad que designa la alternativa de la vida o de la muerte. En las tres referencias el término no escapa a la idea de decisión, algo que se conservó en la adopción latina. Esta última llegaría con una respuesta sobre los casos concretos que separen “lo justo o injusto, salvífico o condenatorio, salúfero o letal” (Koselleck, 2007b: 243). Así, descubre una fase

¹² Distinta es la estructura del segundo texto en que Koselleck (2002) trabaja sobre la voz de crisis. Allí ofrece una tripartición. El primer apartado se dedica a un repaso histórico conceptual; el segundo se concentra en tres modelos semánticos (remitiendo al juicio final, al concepto de periodización iterativo y como decisión final); y finalmente muestra su lugar en la tradición cristiana.

¹³ La concepción griega funciona como puntapié de muchas investigaciones sobre el término. Además de reconstruir el estudio de Koselleck, algunos lo sitúan en circunstancias actuales; este es el caso de Roitman (2012).

¹⁴ Tal como lo señala el diccionario Zedler (*grosses vollständiges Universal-Lexikon aller Wissenschaften und Künste*) específicamente para señalar el uso médico, en alemán existe la palabra *Anakrise*, que proviene del griego διακριτικός (que distingue). En este diccionario aparecen otras entradas similares que ya están en desuso: *Apokrise*, *Crisis perfecta*, *Crisis imperfecta*, *Diacrisis*, *Epicrisis*, *Hypercrisis*, *Metasyncrisis*, *Syncrisis* y *Urocrisis*. Un uso similar tienen la palabra *Epikrise*, que define un enjuiciamiento médico. En español la palabra *diacrisis* remite tanto al caso de la enfermedad como a los signos ortográficos.

anterior a una determinación –una suerte de clímax– donde se agudizan las tensiones y expectativas por salir de algún modo de una situación no deseada. De esta manera, el escritor adelanta que en los momentos de crisis estaríamos frente a un proceso atento a una decisión inminente que persiste incluso mucho más allá de la antigüedad: está presente de hecho en el plano lexicográfico, político y económico de la modernidad hasta la implementación de nuestros días: “Si el indicador de la actualidad de una crisis es la frecuencia con que se utiliza el término, la Modernidad podría llamarse, desde comienzos del siglo XIX, una época de crisis” (Koselleck, 2007b: 259).

En segundo lugar, Koselleck hace un breve repaso por la recepción en el idioma francés, inglés y alemán. Seguido de ello, se reubica en el plano lexicográfico. Entre el siglo XVII y XVIII el concepto se trasladó al ámbito político, señalando al mismo tiempo un giro económico y social que logró instalarlo en lo cotidiano. En cuanto al uso político, no es difícil notar una cierta imprecisión, provocada por el empleo no solo distinto, sino muchas veces hasta contrario del término, siendo *parteilpolitisch ambivalent* (ambivalente políticamente). Koselleck lo ejemplifica con la aplicación que hacen del concepto Edmund Burke y Thomas Paine. Este último, observando el fenómeno de la guerra de Independencia norteamericana y defendiendo la Revolución Francesa, le otorga el sentido de un desafío que se plantea con la responsabilidad de actuar. Burke, por su parte, apela a la idea de salvación y describe una suerte de guerra civil europea. Mientras que este le daba un tono conservador y lo remitía a una *radikale Entscheidung* (decisión radical), aquel lo asociaba a la idea moderna de revolución, como un concepto teológico. La significativa diferencia señala que la última se asocia a una perspectiva progresiva, mientras que el concepto medicinal, a un análisis conservador de la revolución. Esto implica desde luego, la politización del término, y además, la existencia de un *Kampfbegriff*:

Aunque la función de diagnóstico y de pronóstico, en el uso que Paine y Burke hacen del término, es la misma, en el contenido que diagnostican y en su expectativa ambos se diferencian diametralmente. (...) De ese modo,

el concepto pasa a ser un concepto comúnmente utilizable, pero que puede aplicarse en sentido opuesto; un concepto de combate (Koselleck, 2007b: 254).

En la ampliación del concepto político al histórico-filosófico aparece una especial vinculación entre la definición de crisis con revolución. De hecho, en el alemán la palabra se incorpora luego de la Revolución Francesa¹⁵. Esto se articula con el cuarto eje, que entra en detalles sobre el uso político de la palabra y su incorporación al terreno filosófico-histórico, donde Koselleck más se detiene. Finalmente, antes de la puesta en perspectiva del conjunto del trabajo, el autor presenta un recorrido por su función en el siglo XIX, en donde menciona el protagonismo del término en la experiencia cotidiana, en el marco del idealismo alemán, sus manifestaciones en el plano económico y finalmente, su incorporación en la obra de Marx y Engels.

A los fines de sistematizar todas estas acepciones, recuperaremos aquí la cuádruple clasificación que Gennaro Imbriano (2013) propone: 1. Una situación singular e histórica que sugiere distintas alternativas y reclama una decisión radical; en este caso tiene un matiz médico, asociado al empleo que hace del término Burke y también en algún punto por Diderot; 2. Un último acontecimiento decisivo en la historia –no repetible –, connotación que le dio Rousseau y en parte también Paine y Diderot. Esta referencia escatológica marcará el uso posterior que le darían Saint-Simon y Comte; 3. Como un proceso que se consuma permanentemente, en los términos en que Schiller plantea su dictum “*Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*” (la historia del mundo es el juicio universal); refiere a la duración o un estado que reproduce constantemente coyunturas críticas; 4. Una fase histórica e inmanente de transición a una nueva época, donde depende del diagnóstico si el cambio que se produce implica una mejora o un empeoramiento de la situación. La discusión entre Paine y Burke resulta aquí ejemplificadora. De todos estos aspectos resaltaremos aquí

¹⁵ Sobre esta cuestión Koselleck sin embargo hace referencia al diccionario de los hermanos Grimm, de 1872, que vincula crisis a enfermedad.

tres disyuntivas que involucran la importancia de la decisión, la posibilidad de un Juicio Final y su impacto para pensar la estructura de la temporalidad

Con respecto al primer punto, podríamos decir que las crisis proyectan una doble direccionalidad entre un estado de pasividad y decisión. Si la crisis se figura como una circunstancia de confusión en la que ya no es posible distinguir ni entre amigos y enemigos,¹⁶ ante un caos tal que desordena las configuraciones políticas establecidas, se requiere un esclarecimiento de las preferencias de una sociedad, esto es, una suerte de intervención jerarquizante que funde un ordenamiento, por cierto siempre contingente. El concepto en cuestión constituye, de este modo, una especie de bisagra entre un instante de gran preocupación, en el que se percibe una gran vulnerabilidad de la estabilidad de ciertos cimientos y su resolución. El momento decisivo se produce en una intersección entre la tendencia a la inercia y la acción¹⁷. Cabe destacar que trasladado esto a un espacio político secularizado, todas las tintas se cargan sobre la acción de los agentes políticos. No contamos con un esquema teológico en el que la necesidad de un acontecer se resuelve desde una exterioridad: ni somos marionetas de la historia, ni nuestro devenir depende de una *List der Natur* (astucia de la naturaleza) ni de una *List der Vernunft* (astucia de la razón).

En este sentido, para cualquier formación política, esto constituye un desafío que supone unas condiciones históricas por las que toda crisis puede ser superada. De modo que este quehacer entraña una responsabilidad clave en la acción de los hombres¹⁸. Una circunstancia en la que hay una turbación las arquitecturas semánticas que configuran los espacios que ocupan las distintas definiciones que gobiernan una

¹⁶ Amigo y enemigo forman parte junto con otras palabras –como experiencia y expectativa– de las categorías formales que no están circunscriptas a ningún contenido en particular por reclamar para sí un alto grado de generalidad (Koselleck, 1993: 335). Al mismo tiempo, la mención al par amigo-enemigo también puede interpretarse como una mención solapada a la obra de su antiguo director, Carl Schmitt. Para un comentario sobre la relación entre ambos intelectuales ver Mehring (2013 y 2000).

¹⁷ Sobre la influencia de la crisis para la acción, ver Ricoeur (1988). Allí comenta: “El punto decisivo para lo que sigue de nuestra reflexión es que es en la estructura temporal del proceso de personalización que reside el nudo de la crisis. El compromiso es este esfuerzo dirigido en torno al futuro humano: la crisis nace así en una intersección en la que el compromiso es una lucha con la tendencia a la inercia, a la fuga, a la deserción” (Ricoeur 1988: 12). La traducción es mía. El original dice: “Le point décisif pour la suite de notre réflexion est que c'est dans la structure temporelle du processus de personnalisation que réside le nœud de la crise. L'engagement est cet effort dirigé vers la formation de l'avenir humain : la crise naît ainsi au carrefour où l'engagement est en lutte avec la tendance à l'inertie, à la fuite, à la désertion”.

población requiere muchas veces de una decisión que exprese una conciencia del desequilibrio. También demanda una consideración de la disponibilidad de ciertos recursos conceptuales. Como comentan Melvin Richter y Michaela Richter: “En gran medida, el rango de alternativas para la acción depende de los conceptos disponibles. Lo que estos conceptos eran, cómo fueron disputados y el alcance en que estos permanecieron constantes, fueron alterados o creados de nuevo son temas integrantes del proyecto del diccionario de los conceptos históricos fundamentales” (Richter y Richter, 2006: 348)¹⁹.

Si los conceptos claves, a través de los que un determinado proyecto político se mantenía en pie, están en juego, habrá que estar atentos a nuevos *Kampfbegriffe* y a la formación de conceptos sin precedentes. Esto, como dijimos antes, considerando que la temporalidad del lenguaje no siempre coincide con aquella en que se producen los eventos y que en este sentido, emerge una responsabilidad en toda lectura del pasado.

La historia no está totalmente disponible para nosotros: la dimensión de índice y de factor de un concepto jamás es simétrica. La diferencia entre tendencia de larga duración, imposiciones estructurales y decisiones políticas hablan de una limitada disponibilidad de la historia. No de un destino, pues el destino sólo se impone a los que quisieron afirmar la ilimitada disponibilidad. En estos intersticios habita la responsabilidad, una categoría teórica que también es práctica y resulta común a la historia social y a la historia conceptual. Aquella disimetría obliga a los hombres a responder de las diferencias entre intenciones y resultados. Responsabilidad es una categoría propia de la disponibilidad limitada

¹⁸ Koselleck afirma que dentro de las variantes filosófico-históricas alemanas, predomina un cierto optimismo, sobre todo con el vector del progreso que había marcado fuertemente a la intelectualidad del siglo XVIII.

¹⁹ La traducción es mía. El original dice: “To a considerable extent, the range of alternatives for action depended upon the concepts available. What these concepts were, how they were contested, and the extent to which they remained constant, were altered, or created *de novo* are the integrating themes of the GG's project”.

(*FP*, págs. 265-266). La responsabilidad no sólo alcanza a la faceta de índice de los conceptos, sino también a la de factor. No sólo somos responsables de lo que hacemos, sino también de lo que decimos. La opacidad del lenguaje y de la acción reclama la misma forma ética. La semántica histórica nos obliga, para ser responsables en el presente, a hacernos cargo del pasado (Oncina y Villacañas, 1997: 40).

Retengamos por un momento la limitación de la disponibilidad histórica para dirigirnos al segundo interrogante: si la voz crisis puede generalizarse como una experiencia que remite a la unicidad o a la repetición. Esto es, si las crisis designan situaciones definitivas o si en cambio indican una circunstancia que se recrea una y otra vez. Si la primera es deudora de una clave teleológica, en el caso de la segunda deberíamos hablar de un tiempo circular, bajo el cual surge la necesidad de una definición que se resuelve y luego vuelve a surgir. Un modo iterativo de la crisis nos aportaría previsibilidad por las formas análogas en su aparición. Si en cambio sostenemos la alternativa de la unicidad, esta no implicaría sino un tono más dramático, que ilustra una situación luego de la cual nada volverá a ser igual: la crisis es definitiva y cuando esta se produce, se está ante una ocasión histórica que no puede desaprovecharse. Si se dejan pasar las oportunidades que ofrece la historia, las consecuencias de ello podrían modificar su curso abruptamente; se trataría por ende de una decisión irrevocable²⁰. Koselleck asegura que es de hecho una característica de la mortalidad humana concebir nuestra situación particular como más relevante que las anteriores. Mas la presuposición de una crisis definitiva es vista como una perspectiva ilusoria. Ya Nietzsche decía en la segunda de las intempestivas que esta es la actitud del cínico: el que se cree en las postrimerías de la humanidad. De cualquier modo, la articulación entre unicidad y repetición es el modo en que Koselleck resuelve la cuestión: debemos referirnos no sólo qué ocurrió –para lo cual habría que

²⁰ El siglo XX ha avizorado múltiples ocasiones en las que este tipo de cosmovisiones predominaron. Solo por traer un ejemplo: en el marco de los debates sobre el camino que debía tomar la izquierda respecto de su organización, el objetivismo revolucionario planteaba la importancia de no dejar pasar oportunidades históricas, por sus consecuencias irrevocables. Véase por caso Merleau-Ponty (1956).

poner el foco en la unicidad–, sino cómo fue posible que ocurra –donde las fuentes principales serán las estructuras de repetición.

En cuanto a la tercera disyuntiva, es importante destacar que con la traducción del Antiguo y el Nuevo Testamento, el término gana una dimensión cristiana y connota una expectativa apocalíptica. La idea de un fin de la historia remite a la de un Juicio Final. La frase de Schiller que versa “*die Weltgeschichte ist das Weltgericht*” resuena de fondo. Al respecto, comenta Koselleck:

Sin adoptar la expresión “Juicio Final” [*Jüngste Gericht*], Schiller ha interpretado la entera historia universal como una crisis única, que se consume continua y constantemente. El veredicto sobre la historia no se pronuncia desde el exterior, por ejemplo por Dios o *ex post* por los historiadores, sino que se consume a través de las acciones y omisiones de los hombres. Lo que se rechazó en un instante, no hay eternidad que lo restituya. El concepto de crisis se ha convertido en una determinación procesual básica del tiempo histórico. (Koselleck, 2007b: 250)

Cabe detenernos muy brevemente en dos aspectos en relación a la posibilidad de un juicio final. Podría decirse que, como otros discursos, buscaría dar comienzo a una gramática política, entre otras cosas, movilizand o conceptos centrales para determinado contexto: en el marco de una determinada configuración de elementos sociales, se produce un desajuste que da lugar a un cambio. Mas la particularidad del caso es que quienes pregonan una transformación única y extraordinaria que por su naturaleza no dé lugar a sucesivas crisis, consideran la posibilidad de una objetividad tal, que clausuran una reformulación del andamiaje conceptual por ellos sostenido. Proclamar una crisis única significaría aliarse con quienes se basan en la idea de un fin de la historia y buscan reavivar el diagnóstico que primó luego de la caída del Muro de Berlín, que en definitiva promueve la elisión de las crisis. La creencia en la llegada a un estadio insuperable no puede sustentarse sino en una filosofía de la historia signada por una linealidad que prevé un momento final. Se descubre en

algunas derivas de estas interpretaciones de la historia cierto automatismo que impulsa una necesidad en el curso del tiempo y que por ende aplaca la relevancia de la injerencia de las acciones políticas.

En efecto, una teoría de la historia despojada de objetivismos nos sugiere la productividad de repensar las crisis. En el texto de 1985 Koselleck nos invita a observar la historia de la humanidad como una crisis constante, por la que crisis devendría en un *Prozessbegriff* (concepto procesual), según el cual no hay un juicio final sino un juicio mundial constante. Esto significa que solo una historia leída como un proceso direccional, esto es, que contempla un origen y un desarrollo lineal, puede encontrar un fin.

Recuperemos los puntos más importantes de este apartado: la exploración koselleckiana del concepto de crisis nos acercó en primer lugar a una tensión entre sopor y decisión, que se plantea usualmente ante el derrumbamiento de ciertas estructuras conceptuales. En segundo lugar, describimos las encrucijadas que implica pensar las crisis bajo un esquema de iterabilidad o de unicidad. Esto nos llevó, por último, a explorar la connotación de este concepto a través de otros dos opuestos: la crisis como juicio final o crisis constante.

IV. Consideraciones finales

Dado que la crisis viene a indicar una puesta en suspenso de una continuidad, transitar dichos desplazamientos nos desafía a interpretar un momento en el que la continuidad entre nuestro horizonte de expectativas y espacio de experiencias se ha desgarrado. Se trata pues de una expresión de una nueva experiencia con el tiempo, a partir de la cual podríamos destacar al menos tres puntos. En primer lugar, que ante el anuncio de un cambio de época, la productividad de una crisis nos sitúa en una circunstancia de transformaciones que no son definitivas. Si tenemos en cuenta el esquema que indica la unicidad dentro de la repetición, podemos admitir que se trata de una ocasión singular que se produce por la reiteración de acontecimientos, como en el plano político pueden ser las elecciones regulares. En segundo lugar, no es difícil notar que

si adscribimos a una teoría de la historia que no pretende atribuirle a ésta un sentido ni interpretarla *ex post* como el designio de una exterioridad, la fuerza de decisión de las comunidades políticas es la que marcará el rumbo entre las alternativas que proporciona la crisis. Como vimos a través de un comentario de Oncina Coves y Villacañas, la noción de responsabilidad nos sitúa en el plano de acción política inmanente. A esta determinación le corresponde una operación jerarquizante que organice las prioridades de una sociedad. En todo caso, habrá que estar atentos a que las condiciones históricas de posibilidad nos provean amplitud en lo referente a la disponibilidad de conceptos y de las luchas por las reapropiaciones de los mismos. Si desplazamos la posibilidad de un fin de la historia, entonces las configuraciones posibles de las relaciones de lo lingüístico y lo extralingüístico, sean acaso ilimitadas.

Por último, más que un final, sentenciado por la llegada de una crisis como un proceso único y homogéneo, tal vez debamos hablar –echando mano a otro concepto de Koselleck– de estratos de crisis. Pasaríamos –aunque con la misma palabra– así del singular “crisis”, al plural “crisis”. Esto nos permitiría correr de la dualidad desastre-salvación y poner de este modo en escena distintos niveles en que se producen y se perciben mutaciones en las gramáticas políticas de una sociedad. Una crisis absoluta nos conduciría a un abismo insondable; en cambio, el discernimiento de crisis políticas, culturales, económicas, filosóficas o históricas, nos recuerdan la inestabilidad o mutabilidad de los fenómenos de los que formamos parte. La convivencia de una variedad de velocidades de los acontecimientos nos ofrece los medios para visualizar que sí podemos pensar en el encuentro de diversos niveles de las crisis que nos obliguen a reactualizar la experiencia temporal. Lo esencial, parecería ser, ensayar, en el diagnóstico de nuestro tiempo, una definición de crisis que no obture la disponibilidad conceptual en los distintos sentidos históricos. En tanto la emergencia de proyectos surge siempre desde las disoluciones de los antiguos regímenes que habitan su misma estructura, examinar los desencuentros entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas y analizar el concepto de crisis como índice y factor, parece ser una de las potencialidades del caso.

En suma: la polisemia de esta categoría histórica muestra que en cada cambio semántico opera una expresión bastante específica de las posibilidades que ofrecen en un determinado momento las expectativas y las experiencias de nuestras dimensiones temporales en todas sus direcciones, esto es, considerando las variaciones de las vivencias y de las esperanzas pasadas, presentes y futuras. Esto no quiere decir que toda definición del concepto de crisis se ate siempre a su respectivo tribunal de lo contemporáneo y que en consecuencia no sea más que el resultado de algo que no podría haber sido de otra manera. Por el contrario, son los desajustes –muchas veces intempestivos– en su interpretación y con respecto a su propio tiempo, justamente condición de toda crisis. De lo anterior se deduce que las no coincidencias entre los sucesos históricos y las realidades lingüísticas no solo vuelven dinámica la historia sino que también funcionan como premisas de las crisis mismas. Pero en tanto confiamos en que a los hombres nos es dada una limitada disponibilidad de la historia, no recaería tal razonamiento en una circularidad desprovista de novedades. Se trataría más bien de una suerte de paradidlo temporal: esto es, de asumir la existencia de secuencias que en algún punto son repetitivas pero que al mismo tiempo, al generar diferentes combinaciones a través de cambios, nos hablan de crisis potencialmente infinitas.

Bibliografía

- Béjin, A. y Morin, E. “La notion de crise”. *Communications*. 25 (1976): pp. 149-163.
- Chignola, Sandro. Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck. *ISEGORÍA*. 37 (2007): pp. 11-33.
- Habermas, Jürgen. “Crítica a la filosofía de la historia”. *Perfiles filosófico-políticos*. Madrid: Tarcus, 1975.
- Imbriano, Gennaro. “»Krise« und »Pathogenese« in Reinhart Kosellecks Diagnose über die moderne Welt”. *Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 2 (2013): 38-49.
- Hartog, François. *Régimes d'historicité*. París: Séuil, 2012.

- Hölscher, Lucian. *Die Entdeckung der Zukunft*. Göttingen: Wallstein Verlag, 2016.
- Jordheim, Helge. "AGAINST Periodization: Koselleck's Theory of Multiple Temporalities". *History and Theory*. 51 (2012): pp. 151-171.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Koselleck, Reinhart. "A Response to Comments on the Geschichtliche Grundbegriffe". *The Meaning Of Historical Terms And Concepts New Studies On Begriffsgeschichte*. Comp. Lehmann, H. y Richter, M. Washington: German Historical Institute, 1996: 59-70.
- Koselleck, Reinhart. *historia/Historia*. Madrid: Trotta, 2010.
- Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo*. Barcelona: Paidós, 2001.
- Koselleck, Reinhart. "Some Questions Regarding the Conceptual History of "Crisis"". *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*. Stanford: Stanford University Press, 2002: 236-247.
- Koselleck, Reinhart. "Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt". *Isegoría*. 29. (2003): 211-224.
- Koselleck, Reinhart. *Crítica y Crisis*. Madrid: Trotta, 2007a.
- Koselleck, Reinhart. "Crisis". *Crítica y Crisis*. Madrid: Trotta, 2007b.
- Koselleck, Reinhart. *Sentido y repetición en la historia*. Buenos Aires: Hydra, 2013.
- Koselleck, R., Brunner, O. y Conze, W. (comps.). *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Tomo I, S. XV. Stuttgart: Klett-Cotta, 1972.
- Masur, Gerhard. "Crisis in History". *Dictionary of the History of Ideas* Comp. P. Wiener. New York: Scribners1, 1973.
- Mehring, Reinhard. "Koselleck y Schmitt en torno a una teoría política de los conceptos" *Sentido y repetición en la historia*. Koselleck, Reinhart. Buenos Aires: Hydra, 2013.
- Mehring, Reinhard. "Carl Schmitt and His Influence On Historians". *Cardozo Law Review*, 21, (2000): 1653-64.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Humanismo y terror*. Buenos Aires: Leviatán, 1956.

- Oncina Coves, Faustino. Presentación. Filosofía de la historia e historia conceptual. *Revista DEVENIRES*. 19 (2009): 71-83.
- Oncina Coves, Faustino y Villacañas, José Luis. “Introducción”. *Historia y hermenéutica* En Koselleck, R. y Gadamer, H. G. Barcelona: Paidós, 1997.
- Revault d’Allonnes, Myriam. *La Crise sans fin. Essai sur l’expérience moderne du temps*. Paris: Seuil, 2012.
- Richter, M. y Richter, M. “Introduction: Translation of Reinhart Koselleck’s “Krise” Geschichtliche Grundbegriffe”. *Journal of the History of Ideas*. 67 (2006): 343-356.
- Ricoeur, Paul. “La crise: un phénomène spécifiquement modern?” *Revue de Théologie et de Philosophie*. 120. (1988) : 1-19.
- Roitman, Janet. “Crisis”. *Political Concepts: A Critical Lexicon*. Tel Aviv, New York, 2012.
- Starn, Randolph. “Historians and ‘Crisis’”. *Past and Present*. 52 (1971): 3-22.
- Thom, René. “Crise et catastrophe”. *Communications*, 25. (1976): 34-38.